

ALAN SCHWEITZER

EL BLASFEMO CORONADO, DE HUMBERTO DIAZ CASANUEVA

P E S E a la abundancia del tema místico en textos literarios, pocas obras a mi parecer rivalizan y, mucho menos, superan la obra de Humberto Díaz Casanueva en el logro feliz de incorporar filosofía y fantasía en el dominio poético.

La trayectoria que distingue la obra de Díaz Casanueva es una consistente formulación y exposición cándida de la básica condición humana en todo su trance angustioso frente al significado último del ser en un mundo desprovisto de guía divino. Lejos de abandonar su misión de resolver el misterio mayor de la existencia humana, Díaz Casanueva refuerza el impacto de la pregunta ya sugerida de modo inequívoco por Rubén Darío¹.

Si bien valoramos el éxito de la poesía filosófica de Vicente Huidobro² y José Gorostiza³, no debemos prescindir de la importancia de este singulárrimo poeta de la lengua castellana y aun de la lengua universal.

Su obra mayor, *El blasfemo coronado*⁴, publicada en 1932, es prueba máxima de su madurez de espíritu. Después de sus estudios formales de filosofía en universidades alemanas, Díaz Casanueva se hallaba en pleno dominio para producir su obra prodigiosa. Erige Casanueva una estructura monumental de orden poético casi exclusivamente metafísico respecto al origen y destino del hombre. El poeta-blasfemo tantea, aún más, obliga al lector a participar en su propia obra, a compartir su odisea nocturna por las regiones primordiales del ser, puesto que el poema conmemora un acto comunal del rito originario en la identificación de la conciencia del propio poeta con la de toda la humanidad.

¹Me refiero en particular a la otra posterior que afirma su innegable posición agnóstica respecto al destino último. Véase el estudio de Pedro Salinas: "La poesía de Rubén Darío". (Ed. Losada, Buenos Aires, 1957). "Conciencia y tiempo" y los "Nocturnos", págs. 161-169.

²Huidobro, Vicente. *Poesía y Prosa*: prólogo de Antonio de Undurraga (Ediciones Aguilar).

³Gorostiza, José, *Muerte sin fin*, 2ª edición (México) 1952.

⁴*El blasfemo coronado* (Ediciones intemperie, Santiago de Chile), 1940.

El lector, pues, penetra ese exuberante denso metamundo artístico, que corresponde a concepción total del universo; tal visión del ser realizada a través del peregrinaje por las tinieblas de la psiquis enigmática del poeta.

Poesía que propende a asomarse al umbral de la nada, el blasfemo reúne las fuerzas dionisiacas para sostener la lucha alucinada con el misterio mayor con la esperanza de realizar el significado de la existencia del hombre. El lector-participante sigue al poeta en su viaje infernal dentro de los recovecos laberínticos del alma y atestigua, a su vez, el horror y la pesadilla de un mundo embrionario, el dominio de potencias oscuras, a las cuales el poeta apela y desafía en su tránsito insolente.

No siempre asequible a la lógica habitual, la obra de Díaz Casanueva se inviste de una bien tramada armazón simbólica cuya eficacia opera sobre las leyes recónditas del sueño: síntesis onírica de lo real y lo imaginario, que produce un característico fluir abrumador de imágenes fragmentadas e inconexas. He aquí un ejemplo típico del torrente despiadado del movimiento vertiginoso que caracteriza, en palabras del propio poeta, el "impetuoso devenir" del ser.

"vivo en una cabaña donde entra mucha sangre, he de atender a un impetuoso devenir: carretas, mercaderes, novios desceñidos, guerreros de armadura salpicada, mujeres encinta abiertas, puertas despavoridas, lumbreras que me llevan, árboles que dan gemidos, trastornadas herencias, nacimientos, grandes pies en un lugar seguro, pastos que de un tirón arranca el rey, vasijas del sol gastadas, bienes de los pobres..." (*Blasfemo*, pág. 31).

Este agrandamiento cósmico, en el sentido expositivo del poema, subraya la condición selvática del hombre, el que se proclama el nuevo profeta, el redentor del hombre eterno. Es el grito desesperado del ángel caído que descubre las leyes de la noche y que además alardea de su abandono ante un dios invisible e innombrable.

Este henchimiento del ser hacia lo divino, esta "necesidad de ser Dios", como afirmaría Sartre más tarde, lo efectúa el blasfemo mediante su desplome consciente hacia el centro de las cosas creadas, hacia el núcleo de la materia, de la sustancia primordial, hasta que el poeta se convierte en eternidad. El blasfemo solicita el favor de las potencias oscuras en su afán fáustico de lograr la visión divina. En el esfuerzo de llegar a las dimensiones remotas del ser, el poeta desempeña el papel de demiurgo en su apropiación del universo, lo cual le permite convertir la esencia en realidad, y viceversa; convierte y transmuta lo real en símbolo, en pura potencialidad.

"Aquí en mi mano como el pocillo que recoge el aguacero, me parece que recojo la raíz de todos los seres y de todos los mundos, lo real y lo posible que se disputan la profundidad..."

El ojo del mar llora y está vendado por los símbolos, todos tiemblan sobre mí como nombres eternos que yo osara algún día pronunciar" (pág. 76).

El lenguaje onírico, sirve como único recurso factible para comunicar un reino perdido en el tiempo, un mundo inaccesible al conocimiento limitado de la realidad "práctica". De hecho la contestación del poeta chileno al problema de las "dos culturas"⁵, o la "bifurcación de la naturaleza"⁶, modo actual de interpretación al mundo en términos de la experiencia onírica y el conocimiento práctico, se revela mediante el confrontamiento recíproco entre circunstancia, o "realidad exterior" y el "yo" del poeta. Tal identificación mutua afirmará categóricamente la subjetividad del ser. La realidad de las "formas", que circundan al yo individual del poeta, llega a ser parte íntegra del mismo; lo absorbe en un ritmo circulatorio y aun digestivo, incorporándolo a la intimidad de su conciencia.

"Formas que en mí queréis culminar y que esperáis al conciliador, yo no os puedo afianzar ni haceros cosas" (pág. 22).

"...canto bajo el cielo que corre por mi alma: torsos de corazón exento, perros transparentes. Ah formas desenfrenadas, cabellera del ser múltiple y vano, me aniquilas!" (pág. 20).

El poeta, sellado dentro de la matriz de la sustancia eterna, deja desfilar ante sí las *dinge an sich*, la bruta materialidad de las cosas, que él transforma en esencia, imposibilitando su ingreso en un orden significativo e interpretativo. Las "formas desenfrenadas", que amenazan al poeta en su innegable presencia ubicua, deben, pues, su propia existencia al yo del autor. La estructura de la realidad objetiva depende del yo; él ordena el caos transformándolo en cosmos. Todo orden reduce todo conocimiento a términos de la conciencia, a la vez individual y universal, del poeta.

"Desolado rompo las formas naturales y prisioneros salen, se reúnen en mi alma a esperar la medianoche, pasos negros retumban, voces empapadas y la palabra 'sueño' va arrastrando alguien por el aire" (pág. 21).

El blasfemo, al traspasar el fenómeno de esta realidad mundanal hasta llegar a las fronteras remotas en donde se confunden lo particular y lo eterno, presencia la faz inmediata de su muerte y la existencia esquemática del poeta se traduce en virtud de un dualismo fundamental: una intuida tenebrosa línea divisoria entre vigilia y sueño paralela al punto arbitrario entre el ser y la nada.

Acepta la responsabilidad de llevar a cuevas la paradoja de su eterno vivir y morir en un universo ilusorio, y su galope vertiginoso a través del tiempo y el espacio es un esfuerzo heroico por conciliar los dos polos antagónicos que constituyen su ser enigmático.

⁵Snow, Sir Charles Percy. *The Two Cultures and The Scientific Revolution*. (Cambridge University Press, New York, 1960).

⁶Whitehead, N. A., *The Concept of*

Nature (University of Michigan Press: Ann Arbor Books, 1957). Véase Capítulo 2: "Theories of the Bifurcation of Nature", págs. 26-48.

El exorcismo que es *El blasfemo coronado* exige para sí la obligación de mantener un equilibrio entre el ser y la nada, e intensifica su grito penitencial en forma de protesta prolongada hacia las fuerzas desconocidas, a las potencias oscuras responsables de la existencia, y por consiguiente, directamente responsables del mismo protestar. La obra es un sostenido empeño ávido del poeta para librarse del perenne enigma de escarbar en sus orígenes.

"mas todo es inútil; ya bajan mis sangres por el mundo y alguien con cucharas torcidas ahí paladea, ahí me nutre de fuerzas ocultas; he aquí que arrebató el acordeón sombrío donde la raíz del canto huele a óleo quebrantado.

Así aumento no sólo la vida sino también la muerte,
mas ninguna me calma;

a través de la bruma distingo ciertos teólogos reducidos a polvo; pero sigo irritando mi propio enigma. Ah devolvedme el himno, no más interiores estragos, aliviadme, restituidme!" (págs. 20-21).

La deuda incalculable a Heidegger, y en general a los románticos alemanes, no disminuye en nada el impacto total de la intensidad y originalidad de este poema filosófico. Lo que haya dicho Heidegger sobre la obra poética de Rilke⁷ se podría afirmar con rigor respecto a la poesía de Díaz Casanueva. *El blasfemo coronado*, como el propio *Zarathustra*⁸ o las *Duinen Elegien*⁹ está transido de angustia en su afirmación dudosa frente al abandono divino. Incorpora la densa filosofía ontológica del maestro Heidegger, lo cual engendra una síntesis entre la sinceridad de la expresión lírica y el pensamiento abstracto en un esfuerzo definitivo por definir las cuestiones del existir humano. A la rica herencia de filosofía idealista alemana, hay que añadir la poderosa influencia de la poesía mítica de Vicente Huidobro¹⁰. El resultado es una obra compacta, cuya fusión de filosofía y mito en forma de un monumental testimonio personal y universal, es un innegable *tour de force* de mayor alcance en la dramatización y celebración de la caída metafísica del hombre eterno.

El poema es, pues, un himno al mito universal, a la tragedia del primer hombre que tiende a salvaguardar su "yoesencia" y portegerlo del "yo-otro" de la embriaguez primordial que desintegrara y desindividualizara a su ser consciente¹¹. El poeta-blasfemo, portavoz y perenne chivo expiatorio de las

⁷Se ha afirmado que el propio Heidegger, al comentar la obra poética de Rilke, sostuvo la opinión de que su pensamiento filosófico es nada más que el desenvolvimiento de ideas principales ya expresadas poéticamente en la obra de Rilke. Véase J. F. Angelos, *Rainer Maria Rilke* (París, 1936), págs. 322-323.

⁸Nietzsche. *Also sprach Zarathustra* (Alfred Kröner Verlag, Stuttgart) 1960.

⁹Rilke, R. *Duinen Elegien* (Insel-Verlag, Leipzig), 1923.

¹⁰Huidobro, V. Op. Cit.

¹¹Véase Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie* (Alfred Kröner Verlag Stuttgart), 1955, págs. 178-189.

infinitas generaciones, pronuncia su inescapabilidad de su misión, su obligación, a la vez, mortal y divina, de arrastrar el mundo a través de las heces del infierno.

"No me digáis necio, nadie de vosotros llora porque la sangre se despeña de plaza en plaza, de madre en madre, nadie descamina su ánima ni escudriña su generación. Yo soy ese alguien oh amigos indulgentes! el ronco, el de alma pálida que vuela con las manos a la espalda y lleva una carta a los muertos del sur. Yo soy el *quien* espeso bastante cansado de desenterrar velados atributos, de labrarle los hombros macerados al agua del mar (pág. 23). Yo conspiro con la esencia de las cosas reales, yo encandilo vuestra alma, la quemo de revés con ramas de ulmo sangrante, quiero aumentarla ceniza tras ceniza, cántico tras cántico. Y luego recuperaros todos vestidos de nieve y llenos de la apariencia de hombres de corazón" (pág. 27).

El sístole-diástole del movimiento eterno encadena una serie de círculos concéntricos por los cuales pasa el blasfemo en una caída física dentro de un mundo embrionario y primordial, libre de la fuerza de la gravitación.

"Cada escama del día que levanto con la uña, cada raíz de la noche que mi cuerpo se ata entre las sábanas no alcanzan a hacer de mi canto sino un ademán, el que hace un capitán de viejas aguas hundiéndose" (pág. 40).

Valiéndose del *verstehen* heideggeriano, esa comprensión que permite a la conciencia tocar todas las cosas en todo el tiempo, el poeta se "proyecta" hacia el origen y el fin del universo; persigue el hilo rectilíneo que se bifurca y que converge, por último en la ironía más páfida, en el mismo punto inicial, el cual corresponde a la conciencia operativa del *dasein*. Tiempo y espacio prefiguran el mundo cósmico doblado, encorvado en sí: el resultado es que pasado remoto y futuro inminente se realizan y, a la vez, *se anulan* en el momento preciso.

"reconozco mis pómulos que rebozan y también me reconozco como bandera en remotas legiones y todo lo veo como si fuera pasado y también porvenir" (pág. 68).

"Me veo en el tiempo como una caída que fuera lentamente cogiendo su entraña por dentro, su densidad de hora preparada a obscuras.

Está hecho el mundo de poderes negados y vivo de afirmaciones?" (pág. 71).

El poeta-eternidad queda condenado a crear y atestiguar a través de todo el tiempo su pavoroso caer dentro de sí; el ritmo contradictorio de eternidad-mortalidad, ser-nada, vida-muerte, reproducen en el alma convulsa del poeta

la visión animada del encadenamiento de sus encarnaciones, que caen y suben en la estructura laberíntica de un *élan* incontrolable.

"Cada hombre aparece como un engendro de innumerables ángeles, todos luchando entre sí por sucederlo. Asido a largas crines huyo entre viñas de pronto voraces, me transmiten como un derrumbe entre las cosas, grandes aves arrastran por el fuego pueblos de patriarcas y hombres parecidos a mí,

.

A polen terrible gozado en sí mismo sobre la palma de una mano me parezco, todo está dentro de mí y excede a mi memoria, de vueltas mi perfil enronquecido de uno a otro confín como si buscara un espejo donde se fraguan imágenes eternas".

Si el poeta participa en la fuerza primaria, realiza el transcurso interminable de sus múltiples seres en una serie de descendencia cuya sucesión aspira a captar, mediante unas figuras de viejas parturientas, símbolos del tiempo y la vejez, respectivamente, una visión de belleza paralítica.

"Dame una llave que se alimente de sangre...

.

la llave de las apariciones semejante a un sentido ciego, exterminado por el aleteo del mar colérico.

Ha de entrar ardiendo en frías puertas, en el lugar donde el tiempo infinito permanece sentado lleno de poder y caña desgranada.

Ahí hierven madres que gritan con los cabellos parados, todas a punto de parir, mas retardando sus partos, sus rostros ruedan y parecidos a manzanas encogidas son" (pág. 70).

Si el tiempo infinito precede al poeta y este último ordena los márgenes mismos del ser, se concibe un esquema de múltiples imágenes que se anticipan y se siguen en un movimiento congelado de nacimientos repartidos a punto de actualizarse. Partos que efectivamente malogran su entrada al mundo porque se niegan a los propios linderos dentro de los cuales se efectuaría la concepción del ser. El feto está condenado a nacer y a morir perpetuamente y no tiene otro recurso que protestar su propia condenación.

El blasfemo, a fuerza de nacer, impide el cumplimiento del proceso temporal. Así participa en la propia abolición del tiempo, y por ende del ser mismo. El tiempo justamente se atomiza y el poeta colabora en la mutua

concepción y cancelación de su existencia en el trance vertiginoso en el cual trata de escaparse y alcanzarse.

"Todo lo olvido y reniego de todo, apenas soy un tránsito en lo profundo de mí.

Ah, frente, en que las flechas se apagan, tirada como estatuilla bajo un galope loco, ah, frente, que flota por el mar por los años y posada sin embargo en el árbol de la vida.

(Cada noche oigo el alarido que da la estatua del mar partida en dos)" (pág. 72).

El juego incesante de penetrar los orígenes en el esfuerzo por librarse del "enigma paternal", es decir, el afán del poeta para intemporalizarse, para rebasar las fronteras de las obligaciones heredadas de sus ancestros, tanto inmediatos como remotos, le concede el último tiro de gracia. El poeta blasfemo al lograr su herencia ontológica, reconoce oficiosamente su obligación al pasado en forma de una deuda biológica; y es a las generaciones del futuro que arrojará su terrible reto.

"Descendientes que ahora sois un libro sellado, dentro de vosotros levantaré la cabeza y sondearé el pozo que seáis, soltaré con la mano una viña en el mundo y calmaré los secretos cuyo litigio se libra en los abismos mientras el hombre aguarda de pie" (pág. 34).

La posibilidad de lograr su propio "avance evolutivo" queda anulada para el poeta desde su condenación al tiempo. El blasfemo crea las posibilidades de formas avanzadas de la especie humana en el futuro.

"de nuevo las partes secretas de tu cuerpo sanarán del nudo que los padres y los hijos apalean sin provecho marchando hacia su fin" (pág. 77).

.

Mi abuelo deja huir los trigos y mis incontables nietos peinan al Dios del trueno, mientras yo doy de patadas en los umbrales atisbando mi propia estirpe, salando mis pasos mortales (pág. 77).

El desplome hacia las regiones primordiales le había ganado al poeta la misma perspectiva vital que había barruntado al principio del poema: a saber, su visión de la inminencia pavorosa de su muerte. Después de su contacto con las fuerzas misteriosas dentro del seno tenebroso del cosmos, el poeta sale convencido de su duda innata. Su viaje interior intensifica esa duda y refuerza la necesidad de protestar su abandono.

La obra es una larga invectiva, un reto a un dios que no existe, y que sin embargo tiene que existir, puesto que el poeta queda obligado a llevar a cabo su papel satánico: el de perpetuar el eterno nacimiento y muerte de

un leviatán, un monstruo sin origen ni fin; un desarrollar incesante e irresponsable; un organismo descomunal que se alimenta de las propias entrañas del poeta.

"Las horas dejo madurar en el pecho sin contarlas, su cola enorme cabalga como si yo fuera botín arrebatado.

Oh mundo que blande el rayo del hombre contra el mismo! oh desventurado hombre que arrea lo viviente para reposar!" (pág. 34).

El poema, como es ya claro, es una realización de la caída física y moral por una serie de círculos concéntricos, lo cual paralela el tránsito íntimo por el infierno. El desierto árido, que es la conciencia del poeta-blasfemo no halla, como en la comedia dantesca, el anhelado punto de salida de la prisión existencial hacia el purgatorio, y mucho menos hacia el cielo prometido. Al principio del poema, el blasfemo declara categóricamente su negación absoluta de conquistar el Paraíso.

"Hay un lugar que no menciono, todos estamos ahí de cierto modo. Cátedras austeras y apuradas tablas que caen encadenadas y anatemas al oído del que se precipita al mediodía, sostienen el ser.

.

Yo tengo una lengua que se ríe de su pasado, hija vana del sueño y elegida para brasa sobre el agua; con habla mojada llamo desde adentro" (pág. 10).

El *blasfemo* reconoce y confiesa la prerrogativa inicial de la autocondenación al sufrir perpetuo, y celebra su confirmación.

El abandono prometeico sigue en rigor a medida que el poeta cumple su herencia cósmica. El mito del eterno retorno sigue generación tras generación; cada ciclo lleva a la raza humana cada vez más lejos de la gracia divina en su infernal caer dentro del pecado primario, dentro del vórtice del Mal.

"Atrévete a ser noche y día, atrévete a ser del cuerpo y busca tu alma aunque no hayas oído su voz sino dentro de ti, atrévete a ser contado por los que trastornan el tiempo puro y no aplaces los pasos del tiempo.

.

Como puerta entornada está tu vida, manadas vienen enfureciéndose y acabarán por detenerse y preguntarán por ti: Eres un hombre?" (págs. 14-15).

¿Eres un hombre? Es para mí la pregunta central entre la abrumadora multitud de preguntas que se originan en el desenvolvimiento enigmático de la obra. El poeta se pregunta, se busca para justificar su ser. La duda primordial le había tentado a profundizarse, a investigarse: y averigua, a la postre, que su "buscar" es el propio motivo de su existir. El poema, proyección de su creador, nace de un grito en forma de una protesta, y protesta su propio nacimiento. *El blasfemo* comienza con un enigma a resolver y termina con una solución enigmática. El autor concibe su poema para descubrir el motivo de su existencia; y su propia existencia, descubre el poeta es precisamente el motivo de la obra. El blasfemo define y acepta de necesidad su obligación de recrear su poema a través de la eternidad.